

VI.

LA DAMA BLANCA.

Por la tarde, Octavio, la señorita de la Chastaigneraye y la señorita de Moncenac, montaron á caballo para recorrer el bosque.

Parisis se sentia maravillado al ver á Genoveva convertida en amazona: jamás la belleza heráldica se habia tan orgullosamente dibujado: su mismo caballo tenia cierto aire y altivez, bien como si hubiese comprendido que Genoveva tenia la magestad de una reina.

A cambio de esto, nunca desde que existen amazonas, se vió una caricatura semejante á la de la señorita de Moncenac, tanto mas, cuanto habia revestido un traje azul muy fuerte que junto con los tonos ardientes de su rostro, atraia los ojos de un modo irresistible.

Octavio se distinguia, cual siempre, por su aire noble, su desenvoltura y su sonrisa desdeñosa.

En la Cruz de las Damas, el caballo de la señorita de Moncenac sintió miedo y la derribó con gracia en un foso. Era demasiado blanda y gordinflona para

quebrarse algun miembro. Octavio la recogió y volvió á plantarla en su caballo, como si nada hubiese ocurrido.

Por lo demás aquel paseo fué hermosísimo.

Inútil es decir que Parisis fijó muchos puntos de interrogacion ante los enigmas de su esfinge de ojos negros. Pero cuanto mas buscaba la luz en aquel corazon de abismos, mas la jóven le sumergia en las tinieblas. Ella cogia y dejaba todas las máscaras. Ya se mostraba profunda, ya negligente; aventuraba un pensamiento filosófico despues de haber lanzado una frase llena de sencillez é inocencia; en su frente brillaban al mismo tiempo las nubes de la tempestad, y las claridades del sereno cielo. De cuando en cuando decia: «No se nada,» y echaba una mirada llena de muda elocuencia.

—Decid, prima, interrumpió de pronto Octavio, sois tambien aficionada á los paseos nocturnos al resplandor de la luna?

—Si y no, primo mio. Obedezco siempre á mis inspiraciones; pero os he de advertiros que yo jamás soy lunática.

—Os dá miedo la noche?

—Nunca. Si sintiese miedo, habitaria acaso en el castillo, poblado de sombras errantes como todos los castillos viejos?

—Creeis en aparecidos?

—Si y no; creo que las almas guardan por mucho tiempo la impalpable figura del cuerpo. Hé aquí por-

que se les llama sombras. Pero debo confesaros que no he visto jamás ninguna.

Octavio no se atrevió á insistir acerca sus visiones del parque. Por otra parte sabia perfectamente que aquellas no eran sombras.

La comida fué alegre, si se tiene en cuenta que se llevaba luto; la juventud se revela y triunfa en todo. Los aldeanos no habian concluido aun de dar sorpresas. El violin, la flauta y el rabel, que constituyen el amor de los bailarines rústicos, llegaron á los postres para mezclar sus armonias. Jamás un terceto de igual género, ofendió tanto los oidos de aficionados á la música; la misma señorita de Moncenac suplicaba, riendo, que cesasen de tocar los concertantes.

Tomóse el café en el vestibulo del jardin donde se recibió la visita del cura de La Roche-l' Epine, el cual llegaba acompañado del cura de Champauvert.

No por esto la conversacion fué mas católica; contáronse historias de aldeanos para probar que los siete pecados capitales encontraron en ellos perfecto alojamiento. A fuerza de vestir y de adornar los vicios, la civilizacion los llega á transformar en virtudes; en la paz y en la inocencia de los campos es donde se encuentra el pecado, en toda su fuerza brutal.

El cura de La Roche-l' Epine, ofreció café al cura de Champauvert en la seguridad de que este no admitiria.

—No perdereis nada en ello, dijo á la señorita de la Chastaigneraye, pues yo tomaré su taza y la mia.

Hablóse, tambien, de las dotes constituidas tan generosamente á favor de las ocho aldeanas.

—Se quieren casar? preguntó la señorita de Moncenac.

—Si, se quieren casar! exclamó el cura de La Roche-l' Epine que tenia «su momento de chispa;» ya lo creo: se casarian no una vez, sino muchas.

—Ah! señor cura! interrumpió Genoveva con cierta dignidad exenta de marrulleria.

—Que quereis, señorita; hoy es domingo, dijo el cura.

—Estoy segurísimo, observó Octavio, que á estas horas esas aldeanas tienen tantos pretendientes como Penelope sin contar á Ulises.

—Os llamo al orden, mi querido primo.

—Y bien, prima mia: supongo que ya se bailará frente á la iglesia. Vamos á ver como bailan vuestros veinte mil francos?

—Los vuestros.

Genoveva trató de hablar á los dos curas del Nuevo Testamento. Octavio pidió sus caballos. El cura de La Roche-l' Epine dijo que conocia el Nuevo Testamento, desde que sabia leer.

Octavio encendió un cigarro y se llegó hasta frente la iglesia para ver danzar los jóvenes y las muchachas.

Las ocho doncellas se habian vestido de blanco para ir á misa, y para dar las gracias á la señorita de la Chastaigneraye. En el prado no eran ya tan blan-

cas como por la mañana. Segun habia dicho Parisis, veíanse asaltadas, sitiadas y atacadas por una legion de adoradores, tanto mas, cuanto circulaba el rumor de que en el dia de su enlace la señorita de la Chastaigneraye aumentaria su dote.

Aquello era cómico y odioso al mismo tiempo.

Ocho puñados de oro habian puesto fuego á los cuatro ángulos de la aldea.

En el dia anterior las pobres niñas tenian apenas un amante que les hablaba desde lo alto de su hoz, ó de su horquilla. En aquel instante se les prodigaba los mas inverosímiles cumplidos, sin olvidar la sacramental frase de «lo que yo os digo no es por vuestro dote.»

Tomóse el té en el castillo, á las diez de la noche y todo el mundo se retiró á las once.

Ya os imaginareis que Parisis no tardó mucho en colocarse á la ventana.

Despues de estar en ella media hora, juzgó que hacia mal: podia asustar las sombras de Romeo y Julieta. Se habian apagado las bugias; mas podia ser visto. Cerró discretamente su ventana y acechó tras la cortina.

Luego reflexionó que no era muy digno de él, el espiar los misterios del castillo de Champauvert.

—No son, se dijo, los misterios de Udolfo, sino que son mas respetables.

Y dejó con heroicidad su emboscada.

—Por otra parte, se dijo, esto no me concierne: la

señorita de la Chastaigneraye es bien libre para ser loca como todas las mugeres; no es ni mi nóvia ni mi querida. Ya tenga ó no cinco millones, no es menos libre en sus acciones; es hermosa y cuenta veinte años: quien puede responder de su corazon, hasta en las soledades de la Borgoña? Quien sabe si no hay en alguna aldea vecina, un noble de provincia, ó parisien calavera que trabaja en su emboscada?

Y mientras se probaba á si mismo que no tenia derecho á mirar por la ventana, el jóven levantó su cortina. Nada vió debajo de los árboles dulcemente agitados por la fresca brisa.

Iba á dejar su cortina, pero sonó media noche y la curiosidad contuvo su mano.

De pronto, á lo lejos, mas allá del lago, apareció la vision blanca. Cuando digo la vision blanca no me refero á ninguna sombra, sino á una verdadera muger que andaba. Mas porque era la dama blanca que el jóven vió en la Opera Cómica y porque vestia de blanco? Lo ignoro. Quizá la que llevaba este trage queria pasar por vision.

—Sin duda, dijo Octavio en un instante de furor, el caballero negro no está lejos.

De pronto vió como este caballero negro, iba al encuentro de la dama blanca.

—Ahora comprendo, dijo, porque Genoveva me aconsejaba que yo partiese esta noche.

Octavio encendió sus bugias, bien como si le fuese imposible el adoptar un partido.

Antes de reflexionar llamó, diciéndose á sí propio que todo el mundo estaba ya acostado excepto los amantes del parque.

Con gran sorpresa suya un pequeño groom que permanecía siempre en el vestíbulo, haciendo caricaturas, llegó allí para recibir sus órdenes.

—La señorita de la Chastaigneraye duerme, no es cierto? le preguntó Octavio, mirándole con fijeza.

—Como quiere el señor que yo sepa esto si la señorita no me dá nunca ni los buenos dias ni las buenas noches?

—Pues bien, ve á preguntarlo.

—Los que podrian responderme están hace ya mucho tiempo acostados.

—Enhorabuena, despiértales. Mas porque tu no estás ya acostado?

El groom pareció que no se atrevia á contestar. Al fin, dijo:

—Porque no sé la hora que es.

—Mientes, dijo Octavio, levantando la voz.

El groom se echó á llorar.

—Oh! que desgracia! dijo; el señor me mandará despedir.

Octavio observó entonces que representaba un papel indigno.

—Vete, dijo al groom. Quería suplicar á la señorita de la Chastaigneraye que me prestase un libro si aun no dormia.

El groom desapareció. Algunos minutos despues

una doncella negligentemente vestida traia algunos volúmenes á Octavio.

—Es esto caballero?

—Sí, contestó el jóven sin mirarla. Aquel pillete hizo mal en hablaros. Tal vez habrá despertada á mi prima.

—Oh! caballero: la señorita Genoveva no se duerme tan temprano.

—Cómo! á las doce de la noche?

—Ya sabeis, caballero, como aquí se vive: la señora es tan fantástica.

Esta palabra se escapó involuntariamente á la doncella; tembló de haber hablado en esta forma y se alejó arreglándose el vestido. Era una hermosa criatura que solo queria distraerse; por la relacion del groom habia creido que puesto que el señor de Parisis no dormia era que se fastidiaba; la jóven habia pensado en las rápidas fortunas que hacen las doncellas en sus encuentros nocturnos con los señores parisienses y de aquí que hubiese aparecido vestida con marcada negligencia.

—A fé mia, dijo Octavio, es muy hermosa.

Poco faltó para que no volviese á llamarla. A semejanza de lord Byron opinaba que las mujeres «son tres veces mujeres cuando salen del baile y cuando dejan el lecho;» es el momento en que la fuerza de la sangre les dá un magnetismo irresistible. Octavio pertenecia demasiado á la escuela de D. Juan para desdeñar á una mujer bajo el pretesto de que era una

sirvienta. Carecía de preocupaciones. Pero celoso como estaba, se contentó con gritarla:

—Señorita! id y despertad mis criados.

—Porque, señor duque?

—Marcho enseguida á Paris.

Octavio encendió un cigarro y bajó.

Cuando daba sus órdenes, sus criados no eran nunca remolones. Era necesario que las obedeciesen sin perder ni un minuto.

En menos de un cuarto de hora sus caballos estaban enganchados.

El jóven habia creído que la señorita de la Chastaigneraye, avisada por la doncella ó por el groom se opondría á su marcha ó cuando ménos le diría adios. Mas la jóven no pareció.

En el último instante subió á su cuarto bajo el pretexto de que se olvidaba de algo. Se habia olvidado de levantar por última vez la cortina para mirar por entre los grandes árboles del parque. Solo vió sus ojos que ondeaban agitadas por el viento y solo vió la luna que contemplaba su palidez en las aguas del lago.

Bajó precipitadamente y partió.

—No creí que yo fuera tan bestia, se dijo cuando el aire de la noche hubo refrescado su frente. Me he portado como un estudiante. Esto consiste en que no soy dueño de mi corazón. No hay que disimularlo: amo á Genova.

Y despues de un silencio de cinco minutos duran-

te el cual hubo de leer profundamente en su alma repitió:

—Amo á Genova.

Y como se complacia en ser siempre burlon hasta en los sentimientos mas dulces, dijo:

—Mejor cuenta me hubiera tenido el dar una vuelta á la llave de mi cuarto cuando la doncella vino; se presentó ante mí sin ocultar ni su alma ni su cuerpo; yo hubiese aprendido á conocer el ama por la sirvienta.

Luego añadió bien como si se juzgara y condenara á sí propio.

—Nó! basta de profanaciones!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

30311